

Santiago Carrillo, los autores preguntan quién decidió enviar a Ormazábal a trabajar clandestinamente en España, hecho que se produce efectivamente el 13 de mayo de 1962. En el año 2001, Carrillo reparte la responsabilidad de la decisión entre Claudín o Uribe. Conviene recordar aquí que Carrillo es el responsable de la Comisión de Interior del PCE desde 1953, es el hombre fuerte del partido desde 1956 y secretario general desde el VI congreso de diciembre de 1959. Eso significa que nada de lo referido a la actividad en el interior se decidía sin Carrillo. Por el contrario, Uribe, segundo en la jerarquía comunista en la posguerra, es defenestrado en 1956, relegado a tareas menores —cuestiones agrarias— en Praga y rebajado a simple miembro del comité central desde 1959. Vicente Uribe muere el 11 de julio de 1961, nueve meses antes de la llegada de Ormazábal a España (la entrevista con Carrillo en pp. 223-224; sobre la muerte de Uribe ver *Mundo Obrero*, 16, del 31 de julio de 1961).

Convendría que todos, y lo digo por que me afecta directamente, empezáramos a no tomar como documento de valor histórico las palabras de Santiago Carrillo sin contrastarlas debidamente, entre otras cosas probadas por su empeño en depositar la responsabilidad de muchos de sus actos en sus colaboradores, como cuando acusa a Semprún de la detención de Grimau, a Eduardo García de la expulsión de Claudín-Semprún... Lo nunca visto hasta ahora es atribuir la responsabilidad a un difunto.

Es de desear que el ejemplo de esta biografía política rinda frutos entre nosotros y dé lugar a empresas investigadoras de rigor y calidad equivalentes.

**Felipe Nieto**

**YUSTE, Miguel Ángel, La II República Española en el exilio en los inicios de la Guerra Fría (1945-1951), Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005, 336 pp., ISBN 84-7392-577-7.**

Como el propio autor indica en su introducción, el objetivo último del libro que nos ocupa, fruto de su tesis doctoral, es contribuir a la respuesta del por qué de la gran duración del régimen franquista, centrando su atención para ello en el período de su definitivo asentamiento internacional y en la oposición política ejercida por el exilio de izquierdas. Aborda pues un tema de preferencia en la historiografía sobre el franquismo, cuyas bases ya se sentaron en la década de los ochenta, y consigue, mediante el uso de fuentes recientemente accesibles como el Archivo de la II República Española en el exilio, confirmar, matizar y refinar en gran medida la historiografía precedente. Para ello el autor se centra en el periodo de la posguerra mundial, mostrando como el fracaso de la opción presentada por las fuerzas agrupadas en las instituciones republicanas no fue causado únicamente por las condiciones internacionales abrumadoramente opuestas. Para el autor las causas de la derrota del gobierno exiliado fueron endógenas; para demostrarlo se fija en las principales áreas en las que el gobierno se mostró deficiente y que bastaban, a pesar del marco internacional, para augurar su derrota.

En primer lugar su relación con el resto de fuerzas de la oposición antifranquista resultó lo suficiente tensa como para imposibilitar la unificación de éstas en torno al objetivo común: el derribo del franquismo. Esto dio lugar a la aparición de “representatividades paralelas” del antifranquismo que hacían más difícil la ob-

tención del apoyo internacional. De esta forma la voluntad de las instituciones republicanas exiliadas por erigirse como líder de la oposición a la dictadura española dio lugar a la alienación del antifranquismo clandestino que sobrevivía en España, el cual resultaba ser uno de los principales capitales a la hora de reivindicar el apoyo de las potencias democráticas.

Por otra parte, el PSOE, la principal fuerza del antifranquismo exiliado, también terminó por retirar su apoyo al camino propuesto por el gobierno, determinado a poner en práctica una solución propia, más flexible, con la que resolver el problema español. Esa fue la iniciativa propuesta y llevada a la práctica por Indalecio Prieto, la cual preveía la búsqueda de una alternativa posfranquista a través de un plebiscito que otorgase al pueblo español la posibilidad de decidir su futuro institucional y del intento por obtener su aceptación por parte de los monárquicos liberales adictos al pretendiente don Juan. Esto significó la definitiva separación y abandono por el PSOE del gobierno exiliado, el cual quedaría conformado desde entonces por partidos puramente republicanos. Como relata el autor la vía augurada por los socialistas resultaría también un fracaso, a pesar de obtener bastantes más apoyos que la propuesta por el gobierno republicano.

No se obtuvieron mejores resultados en la proyección internacional de las instituciones republicanas. Tal y como queda reflejado en el libro, los éxitos obtenidos en 1946 —“el año que pareció el último de Franco”, en las atinadas palabras del autor—, como fueron el cierre de la frontera franco-española, la Nota Tripartita firmada por Francia, Reino Unido y Estados Unidos y la resolución de las Naciones Unidas de diciembre por la que se

impedía a España entrar en los organismos internacionales dependientes de la ONU y se recomendaba la retirada de los embajadores de los países miembros, no fueron debidamente explotados por el gobierno. A partir de ese momento la posición de las instituciones republicanas como elemento de solución al problema español se fue reduciendo a favor de otras propuestas hasta quedar, para los inicios de la década de los cincuenta como mero símbolo, como “una gran fuerza moral” en palabras de Álvaro de Albornoz.

Las causas del fracaso en esas áreas pueden hasta cierto punto resumirse en el intransigente legitimismo republicano que contemplaba como única opción aceptable la restauración íntegra del régimen nacido en 1931, lo que impedía la colaboración con fuerzas que apoyaban soluciones más posibilistas y reducía las posibilidades de ser considerado como opción por los gobiernos de las potencias democráticas, necesarios en ese momento para poner fin a la dictadura española. Yuste se ocupa también de la actitud de esas potencias internacionales a las que situó como causa principal de la permanencia del franquismo si bien no como única razón de la derrota del republicanismo, como ya se ha dicho. Las razones del comportamiento hacia la dictadura española y hacia las fuerzas antifranquistas de las potencias durante la posguerra mundial se cifran, según el autor, en el creciente miedo a una confrontación entre los bloques enfrentados que se perfilaban paulatinamente y que determinarían la Guerra Fría. De esa forma la “cuestión española” aparecía en los planes de las democracias occidentales como un problema menor en el cual resultaba determinante la necesidad de regímenes estables en Europa y, dentro de ella, en Es-

pañía. Por ello no se llegó a contemplar la restauración de una república que se percibía como inestable, prefiriéndose en un primer momento las propuestas de soluciones pactadas o puramente monárquicas. El problema se resolvería decantándose, una vez Estados Unidos tomó el relevo de la política occidental, por la menos traumática solución de la aceptación de la realidad franquista en lugar de primar dudosas alternativas ya fuesen republicanas o monárquicas.

A través del argumentario aquí esbozado Yuste consigue contribuir a la respuesta de la pregunta inicial —el por qué de la duración del franquismo— determinando que la acción del gobierno republicano resultó débil y confusa, ensimismado en sus propios problemas, por lo que no tuvo casi impacto sobre las posibilidades de una victoria democrática sobre Franco ni en la estabilización del régimen español. Como causa principal de esa estabilización señala claramente la acción de las potencias democráticas, temerosas de la actitud de España en una posible confrontación mundial, confirmando en detalle lo determinado por la historiografía de la oposición antifranquista y de las relaciones internacionales españolas durante el primer franquismo.

La estructura del libro marca claramente lo apuntado, empleando sus dos primeros capítulos en relatar la tardía reactivación de la política republicana en 1945 y los logros alcanzados durante 1946 que parecían augurar buen futuro al antifranquismo. El tercero se ocupa de la opción presentada por el PSOE y de la evolución de sus tratos con las fuerzas monárquicas del exilio. El cuarto y el quinto ofrecen la actitud y las acciones de los gobiernos democráticos respecto a la “cuestión española”. Y por último el sexto cierra el libro refiriéndose a la definiti-

va consolidación del franquismo y la derrota de las expectativas republicanas. En definitiva, el libro de Miguel Ángel Yuste ofrece no sólo una clara y precisa recapitulación de lo ya asentado historiográficamente sobre la acción política exiliada en el inicio de la Guerra Fría, sino que gracias a su análisis aclara y matiza muchos puntos de ésta. Todo ello queda reflejado con una gran concisión, a la vez que consigue captar la complejidad, las contradicciones y las decepciones generadas por un medio político mutable en el que se intentaban llevar a efecto las políticas de la II República exiliada.

**Luis Carlos Hernando**

**SÁNCHEZ RECIO, Glicerio (co-ord.), La Internacional Católica. Pax Romana en la política europea de posguerra, Biblioteca Nueva, Universidad de Alicante, 2005, 309 pp., ISBN. 84-9742-346-1.**

El libro que presentamos es fruto de la reflexión y el trabajo de un seminario celebrado en la Universidad de Alicante en marzo de 2002 entorno a la importancia que tuvieron las organizaciones católicas en España durante los años cuarenta y cincuenta, y el uso que Franco hizo de ellas, especialmente de *Pax Romana*, fundada en Friburgo en julio de 1921 para la unión de estudiantes e intelectuales católicos de todo el mundo, creando entre ellos lazos de caridad cristiana que favorecieran la ayuda mutua y la expansión del pensamiento católico a nivel internacional. En España funcionó como un organismo más de la AC dedicado al apostolado seglar en el campo de las relaciones internacionales. Su estricta dependencia de la jerarquía, que la alejaba del peligro de una concreción política, y su afinidad con las “democracias cristianas”